

POLIS PROTOHISTÓRICA Y POLIS HISPÁNICA

SABIOS Y DIVULGACIÓN

El profesor Adolf Schulten, en la página 96 de su libro *Hispania*¹, refiriéndose a las ciudades independientes de Celtiberia en tiempos de sus luchas con los romanos, dice:

«A la cabeza de tales comunidades hay, como en las africanas, un Senado.»

También puede leerse (a título meramente informativo, no ya como teoría propia), en la página 394 del primer volumen de la *Historia de España* del Instituto Gallach, de que es autor el profesor Luis Pericot², refiriéndose a los pueblos celtibéricos de la Meseta castellana: «la verdadera organización de la tribu la conocemos mal y, en definitiva, únicamente podemos comprobar la extrema división de la sociedad hispánica prerromana, en que no sólo cada ciudad sino cada pequeño burgo o fortaleza constituye una unidad autónoma». Pero a continuación Pericot añade (por fortuna transmitiendo tan sólo una opinión ajena): «este régimen ha sido comparado al de las actuales cábilas del Norte de África»³.

Nota preliminar. Siendo este artículo solamente una hipótesis de trabajo, nos abstenemos de dar bibliografía como no sea en las notas a pie de página. Aparte de las *Fontes Hispaniae Antiquae* de SCHULTEN, BOSCH GIMPERA y PERICOT (tomos III, de 1935, y IV, de 1937), las obras modernas que completan con sus datos los que indicamos al final de estas páginas se encontrarán citadas en la obra del Dr. Manuel ROLDÁN, de la Universidad de Granada, *Introducción a la Historia Antigua*, páginas 231-235.

1. A. SCHULTEN, *Hispania* (traducción de un artículo para la Enciclopedia de Pauly Wyssowa), por Bosch Gimpera y Miguel Artigas Ferrando, Barcelona, 1920.

2. Cito la edición de 1940.

3. En todo caso el Dr. Pericot no comparte semejante teoría, y Bosch Gimpera afirma claramente que los llamados «celtiberos» son en realidad celtas, es decir, indoeuropeos, como los griegos y los romanos, como se deduce por la cultura numantina. Véase la *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, edit. Alpha, 1932, p. 593.

En estas palabras, debidas a la pluma de dos autorizados investigadores de la Hispania antigua, tenemos, en esquema, la motivación del presente artículo: a) el hecho (señalado por Schulten) de que numerosas ciudades de Celtiberia tenían un régimen republicano, aún antes de comenzar su lucha contra Roma. b) La teoría (no el hecho), de que estas ciudades *eran como las de África porque tenían un Senado (?)*. c) Después de esta incoherente afirmación (¿por qué «como las de África», y no como la propia Roma y Grecia, que también tenían «gerusia», o sea, senado?), tenemos también, en las palabras de esos sabios, el hecho, destacado por el profesor Pericot, mi querido maestro, con la objetividad que le caracteriza siempre, de que «cada ciudad constituía una unidad autónoma». Hoy sabemos por la arqueología (y es Pericot quien, precisamente, en el citado volumen, da una lista de las cecas monetarias de las ciudades españolas) que esas ciudades eran, no sólo autónomas, sino soberanas en el pleno sentido del término antes de la conquista, a saber, con ejército propio, magistrados, asambleas y derecho de paz o guerra. Y más adelante insistiremos en algo aún más significativo: las polis hispánicas (fuese «armonía preestablecida» o no) siguen la misma evolución que las ciudades griegas *en las mismas épocas, sincrónicamente*, y esto explica el fenómeno de que, al llegar Escipión Emiliano ante los muros de Numancia, en la ciudad de Lutia, «los viejos» (es decir, el Senado), se mostrasen pacificadores a diferencia de los jóvenes, que deseaban ayudar a los numantinos.

A primera vista este hecho de que los ancianos quisiesen la paz y los jóvenes la guerra parece lógico y natural, pero es muy distinto de lo que solía ocurrir en las polis antiguas anteriores a la decadencia helenística, cuando los ancianos, dirigiendo siempre la política exterior, eran partidarios de la independencia a ultranza, no porque ellos tuviesen ya fuerzas físicas para proseguir una guerra a muerte, sino porque su voluntad colectiva, como Senado, los hacía especialmente belicosos y hubiesen marchado todos de consuno, junto con los jóvenes, para enfrentarse con Escipión. Aquel es un rasgo *helenístico* que se da en un territorio llamado por todos «bárbaro», y que no se diferencia en absoluto de la curva descendente de la civilización mediterránea, ante el inminente ataque de Roma.

Por lo demás, la polis no es sólo privativa de Grecia y de Italia: es una estructura general en todo el mundo antiguo que se extiende a Mesopotamia, Armenia, Irán, a la Galia, Hispania, Inglaterra, e incluso a India y China. Incluso Egipto, que parece nacer ya *unificado*

en sus primeras dinastías, renacía en su particularismo local cuando había algún vacío de poder dinástico, y los innumerables dioses que forman parte del protocolo faraónico van precedidos, en cada rey, con el nombre de su dios local. Sin embargo, aún hay quien dice que el Senado de Celtiberia recuerda el de África y no el de Roma, por asociación de ideas con la «cábila». ¿Por qué?

COEXISTENCIA DE LA POLIS CON TODAS LAS CULTURAS ANTIGUAS

Nuestras ciudades-estado se forman en el Neolítico, como apunta el profesor García Bellido⁴, y los referente al prurito, por no decir a la manía, de atribuir a Hispania un régimen de «cábilas», por la creencia (también hoy refutada) de que la cultura ibérica se debe a la inmigración de una raza africana, nos obliga a recordar que el África de los tiempos prerromanos no es el África de Tarik y de Muza, sino un territorio camita, no arabizado, que conocía la polis tanto como otros territorios más al Norte y estaba en contacto con Cirene y Egipto.

La polis no debe considerarse en abstracto, porque en ningún país de la Antigüedad, ni siquiera en Grecia, existió en estado puro. Grecia era, como Hispania, un continente en miniatura, es decir, algo más que un conjunto de potencias, y al lado de Atenas y Corinto había países feudales como Tesalia, Macedonia y Etolia, gobernados por clanes junto a ciudades fortificadas, y un hispanóforo de nuestros tiempos los hubiese llamado tranquilamente «cábilas», de no impedárselo el «tabú» de la Grecia intocable, como en otras parte existe el tabú de la España africanizable.

En Italia, el país donde en la Edad Antigua abundan más los rasgos de primitividad, la polis coexistía también no sólo con clanes, sino con una enorme mezcla de razas. Lo mismo ocurría en Mesopotamia, otra tierra de invasión, con la antiquísimas ciudades-estado perviviendo entre los amorreos, los hititas, los elamitas y los hurritas: uno de los ejemplos más elocuentes de que el factor «raza» tiene un valor casi nulo en la Historia. La cultura sumero-babilónica no se alteró,

4. *Historia de España*, dirigida por MENÉNDEZ PIDAL, t. III, p. 398. Consideramos sin embargo algo discutible la afirmación del ilustre García Bellido, de que, como sólo se ha encontrado el resto de un «ágora» en Astapa y no en otras polis españolas, sea ésta la «única» ciudad donde haya «pruebas de una supeditación de lo privado a lo general». Hallar un resto arqueológico o no hallarlo depende del grado de destrucción de unas ruinas, pero no desmiente el contexto histórico de todas las polis hispánicas, apoyado en las fuentes.

y la imitaron hasta los persas. Por último, en Arabia Preislámica eran las ciudades las que se hallaban a la cabeza de las unidades políticas.

En el presente artículo no pretendemos hacer ningún «descubrimiento», pero sí, en la medida de nuestras fuerzas, intentamos clausurar una terminología o, mejor dicho, una ausencia de terminología, procurando fijar los conceptos de polis junto a los de «poblado», porque esta última palabra es muy usual entre los arqueólogos, y nos encontramos, por ejemplo, con que se habla del «poblado» de Ullastret, ciudad amurallada que debió de ser la capital de una confederación, con sus avenidas y defensas, que hacen pensar en una «Micenas» en miniatura. El término «poblado», que se emplea por prudencia pero también por comodidad, ha de hacernos pensar que todas las ciudades antiguas, comparadas a las modernas, tienen aspecto de poblados, incluso Pompeya y Ampurias. Tienen calles estrechas, y sin duda ningún hombre de hoy soportaría el vivir veinticuatro horas en la Atenas de Pericles, si nos fuese dado llegar a ella montados en la fantástica «máquina del Tiempo». Ciudades hay que actualmente se nos antojarían «poblados» y se llamaron un día Atenas y Corinto.

EL RÉGIMEN POLÍTICO DE LOS CELTÍBEROS ERA MUY SEMEJANTE AL DE LOS ROMANOS EN TIEMPOS DE LA CONQUISTA

Un dato que nos ayudará a comprender la realidad de la polis hispánica (a pesar de la minimización arqueológica, involuntaria, con sus «poblados») es el hecho de que, a diferencia de los regímenes de las ciudades-estado del sur de Hispania (casi todos ellos en manos de reyes que eran, a su vez, jefes de ejército), los «poblados» de la Meseta tenían una constitución republicana, como la de Roma y Atenas; es decir, se gobernaban por un senado, que dirigía la política exterior (como en Esparta, en Roma y en Atenas antes de Efialtes), y no hay nada que nos impida afirmar, en cambio, que las ciudades de Turdetania tenían democracias, que no han llenado el mundo con sus montañas de papel, como la de Atenas, porque la escritura (que no tiene nada que ver con la existencia de la polis) fue un invento muy mal distribuido en la antigüedad. La mayor parte de los estados comienzan a usar la escritura para grabar nombres propios en los objetos. El primer país que la usa para fijar las leyes es Mesopotamia, y (dejando aparte el alfabeto, que es un detalle de la escritura pero no es el hecho psicológico de la escritura misma) *todos* los pueblos del Mundo Antiguo tuvieron que atravesar una fase de auténtica

revolución política para que la escritura (alfabética o no) fuese usada en su legislación. Las leyes escritas son la primera «revolución francesa» de la Historia. Con leyes escritas, a la aristocracia se le escapa el poder de las manos, y de aquí el hecho, notable en todas las tradiciones históricas (redactadas por la aristocracia), de que todos los legisladores aparecen como *tiranos*. Un poco más tarde, los «tiranos» y regímenes monárquicos se enfrentarán, en las ciudades, contra las aristocracias que tienden al clan, a la desintegración de la polis, a una vuelta atrás, al aislamiento tribal y al rechazo de ese escandaloso invento que es la escritura, para seguir monopolizando las normas religiosas y políticas.

A nadie se le ha ocurrido tachar de retrógrados a los griegos por el hecho de que no tuviesen leyes escritas hasta 1280 años después de los «bárbaros» asiáticos⁵. Sin embargo, así fue. Y como quiera que los reyes eran la forma más frecuente del régimen en Turdetania, es más que probable que hubiese democracia en las ciudades andaluzas, porque en la antigüedad democracia es sinónimo de gobierno personalista, como se ve en todas las polis antiguas, excepto en la privilegiada Atenas, donde a pesar de todo los atenienses (*aunque no nosotros*, que nos resistimos a creerlo) consideraban *tirano* a Pericles, y por esta razón Plutarco hace «paralela» la vida de Pericles a la de Fabio Máximo: un dictador.

No importa: los modernos se obstinan en conocer «mejor» lo que sucedía en Atenas que los atenienses. Esto es un defecto.

Por contraste con los turdetanos, los celtiberos eran gobernados por una asamblea de ancianos, aunque discrepamos de Schulten («como en África») y lo sustituimos por un «como en Roma». Ya sabemos, al menos como Schulten (y Carandell), que tiene que haber alguna relación entre los «celtiberos» y África. Pero no basta con que tenga que haberla. Hay que demostrarla. En caso de ser cierto que la cultura celtibera fuese inspirada, en parte, por una aportación racial africana⁶ en vez de ser la evolución de las ricas tradiciones mediterráneas iniciadas en la edad de los metales, esa migración africana afectaría más de lleno a los turdetanos que a los celtiberos, por hallarse más cerca de África. Pero parece ser al revés: en el sur, junto a la «cábila» africana

5. La primera legislación escrita de Dracón es de -620 (fines del siglo -vii) y la sumeria es de comienzos del segundo milenio.

6. Véase el libro de AVILÉS, MADRAZO, MITRE y PALACIOS MARTÍN, *Nueva Historia de España*, t. II, en que ya se comienza a divulgar que la cultura ibérica se debía a una evolución de lo preexistente.

(que ya hemos dicho que es anacrónico), se hallaban las monarquías turdetanas, y más al norte las repúblicas senatoriales.

Pero hay más: las polis que tenían en su gobierno a un rey o un dictador (*rex* o *regulus*, como Corribilo, Hilerno, Leocón, Anaro, etc.), no hay nada que demuestre que no siguiesen siendo repúblicas, como ocurría en Siracusa o en las ciudades tesalias. El gobierno personalista sólo se toleraba en caso de peligro exterior. Este espíritu de libertad de la polis era propio de las aristocracias guerreras, precisamente, y suele existir en todas las ciudades-estado: si eran democráticas, por razones democráticas, y si eran aristocráticas, por motivos republicanos⁷. Los reyes, por su parte, apoyaban a las democracias frente a las repúblicas aristocráticas.

Coexistencia del régimen de clan con el de polis; regímenes unas veces monárquicos, otros republicanos; regímenes de tiranía popular; dictaduras al estilo republicano antiguo, es decir, con limitación de tiempo. Este es, sin duda, el cuadro que presentaba la Hispania prerromana, no diferente (no obstante la firmación de Schulten) del que había en otros países mediterráneos y en Asia Menor.

Claro está que subsiste la denominación de «bárbaros» aplicada por los autores griegos y romanos a los hispanos. Pero esta denominación no tiene ningún valor etnológico. Es un modo de hablar pueblerino, como el decir «gringos» o «gachupines», y lo han usado todos los pueblos, según cada lenguaje, para designar a los extranjeros.

PSICOLOGÍA DE LOS AUTORES ANTIGUOS RELATIVA A NUESTRAS FUENTES, ESPECIALMENTE LOS GRIEGOS

Los griegos de la época clásica vivían en el pleno convencimiento de que los restantes pueblos del mundo eran incultos y semisalvajes. Transmitieron esta mentalidad a los romanos, sus discípulos, que los despreciaban militarmente, pero padecían complejo de inferioridad ante su cultura y su innata soberbia de ser griegos.

Hispania llevaba largos siglos en poder de fenicios y cartagineses

7. Esto, que hemos enunciado aquí en dos palabras, es el contenido de la obra de FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad Antigua*, que sigue siendo políticamente correcta mientras se aplique a tiempos anteriores a la Revolución francesa, en la que, por circunstancias puramente francesas, cambia de signo la antigua alianza de los reyes y el pueblo, frente a la nobleza, y se transforma en alianza de los reyes y la nobleza frente al pueblo. Para decirlo con las palabras proféticas del mismo Fustel, hace cien años, «on s'est fait illusion de la liberté chez les anciens, et pour cela seul la liberté chez les modernes a été mise en péril».

(asiáticos de origen). Luchó contra los romanos, al principio, no como quien defiende su independencia, sino como fiel aliada de Amilcar y de Asdrúbal. Los primeros nombres que resuenan en la historia como «precursores de nuestra independencia nacional», Indibil y Mandonio, eran filocartagineses.

Junto a este hecho minimizador y que fomentaba la incompreensión (primero por la distancia y más tarde por la guerra) hay que tener en cuenta: 1.º Que las fuentes griegas son en gran parte de época helenística, de segunda mano, y 2.º Que respecto a nuestra geografía, si exceptuamos a Polibio, los demás autores griegos apenas conocieron Hispania, y no sólo eso, sino que desconfiaban de los viajeros. Así, Eratóstenes, gran geógrafo matemático, ignoraba a Piteas, como Waldseemuller ignoraba a Colón. Los viajeros que emprendían periplos lejanos eran tenidos por impostores y farsantes, y en cambio los eruditos griegos se complacen en transmitir mitos sobre Hércules, Gerión y las Górgonas, como en tiempos de los portugueses se hablaba, en Europa, de «Antilia», del «Mar Tenebroso» y del «Purgatorio de San Patricio».

Por esta razón, al redactar nuestro esbozo de inventario de los lugares en que se mencionan, en las *Fontes*, algunas ciudades hispánicas, hemos elegido la época comprendida entre el final de la dominación cartaginesa y la guerra cántabro-astur, dejando de lado al discutible Avieno, al erudito Estrabón, y a la baja época, que tan bien ha inventariado, en su ingrata tarea de reunir todas las fuentes restantes, Roberto Grosse. ¿Qué interés podía tener para nosotros, por ejemplo, un verso de Esquilo sobre Hispania, si este poeta escribía desde Grecia poco después de las guerras persas, en que Hispania era totalmente desconocida de los griegos? En cambio, hemos observado, a lo vivo, las denominaciones de los generales romanos, que aparecen en un momento crucial, en un instante en que la polis hispánica, todavía no sometida, pasa de defender a los cartagineses a defender su independencia.

Es en este momento, por la proximidad de los observadores, por su carácter desprovisto de mitología y de literatura, por la urgencia de la empresa guerrera, cuando se nota algún que otro rasgo real y tangible de la polis hispánica: sus asambleas de ancianos, su doble lucha, contra Roma y contra los lusitanos nómadas; su malestar social, no debido solamente a las armas de los romanos, sino a revoluciones, paralelas a las de Agis y Cleomenes en Esparta, y a la que más tarde tendrá lugar en Roma con los Gracos.

Es en este momento cuando nos damos cuenta de dos hechos que, a menudo, han sido interpretados al revés: a) que el celtibero y, en general, el hispano es pacífico, y b) que lucha por su supervivencia ante una Roma muy diferente de aquella *otra Roma* de la que echamos mano cuando se habla de Trajano, de Adriano y de las espléndidas calzadas y los grandiosos acueductos. Ahora vemos una Roma avarienta, no con una política colonizadora, sino con una «falta de política colonizadora», ha dicho Ramos Oliveira⁸. Esa Roma *republicana*, es decir, avarientamente senatorial, es una *polis*, como Atenas, o por mejor decir, como Esparta.

Roma como polis, no como «capital del Imperio» (concepto absurdo, que sólo puede concebir un charlista, no un historiador consciente de las estructuras territoriales de la antigüedad), no se proponía de momento «conquistar España», pues no la concebía ni siquiera como expresión geográfica, y menos aún, política. Había ido sólo allí para castigar a las ciudades aliadas de los cartagineses y de paso a saquear sus minas y sacar todo el provecho posible del territorio, para lo cual lo primero que le estorbaba eran los habitantes. Cuando, después de ochenta años de luchas⁹, hubo terminado con Celtiberia, y al otro lado del mar, con la última resistencia griega, Roma estaba gobernada todavía por una odiosa *élite* de viejos avaros que se negaban a reconocer que los demás italianos, que habían dado su sangre por Roma, fuesen compatriotas de los romanos. Y esa *élite*, que hoy sería calificada de criminal de guerra, hizo perecer, en tumultos pagados, a los políticos que defendían el derecho de los itálicos a que se les considerase romanos.

Estas observaciones van encaminadas a destacar el hecho de que, en Hispania prerromana, no se puede hablar de diferencia de nivel cultural ni político entre los conquistadores y los conquistados¹⁰.

Lo que ocurre es que debemos superar una etapa *retórica* todavía

8. Antonio RAMOS OLIVEIRA, *Historia crítica de España y de la civilización española*, tomo I (*La Antigüedad*), p. 363, México, 1974.

9. Son en realidad 85 los años que median entre la llegada de los primeros romanos a España y la caída de Numancia en 133. Antes de esta última fecha, la caída de Corinto, que representa la sumisión definitiva de Grecia, y la destrucción de Cartago, se producen ambas en 146, trece años antes de la de Numancia.

10. Si alguna tesis puede decirse que adoptamos en el presente artículo, es la de que no hay ningún documento histórico que permita afirmar que existe la menor diferencia en civilización ni la menor inferioridad, en cultura, en progreso político y en nivel ético, entre Hispania y la Roma del siglo III y II a. de J.C., aunque ésta fuese la conquistadora de aquella. Más adelante, la romanización será sólo una transmisión de cultura griega y una permutación de lenguaje.

de la historia de Hispania. No obstante los nuevos planteamientos de economía, de historia interna, en que los investigadores actuales abundan, continuamos admirando a los romanos, y siguiendo su retórica senatorial, titulándonos «bárbaros». Hemos inventado incluso un anacronismo, el de la «cábila», para contrastar nuestras primitivas estructuras políticas con la salvaje Roma de la conquista. Y conste que esta expresión insultante no es mía sino de Virgilio:

«...et artes intulit *agresti* Latio».

ETAPAS DE LA CONQUISTA

El proceso de la conquista de Hispania por las potencias extranjeras, en la Edad Antigua, comporta las siguientes fases, que corresponden también a diferente intensidad en la actitud de nuestras sociedades. Primero, la asimilación protohistórica por nuestras poblaciones neolíticas (desconocidas, con algunos nombres quizás supervivientes todavía, y desde luego deformados en el Periplo de Avieno). Esta etapa va desde la remota prehistoria hasta el año en que la leyenda o la historia sitúan la fundación de Gadir por los fenicios (siglo —xii o siglo —viii).

La segunda etapa, en que los fenicios y la primera llegada de los cartagineses explotan en Hispania las minas metalíferas y el comercio con los griegos, no es ya de asimilación protohistórica (si se exceptúan en el Centro las infiltraciones célticas), sino de intercambios comerciales. Hemos de suponer que en estas fechas, la polis hispánica, como las polis griegas e itálicas, están ya plenamente constituidas.

Esto, aunque no esté textualmente comprobado, es algo más que una hipótesis. Nos lleva a esa certeza el ritmo general de las culturas en todo el Mediterráneo, y la afirmación, por parte de los arqueólogos, de que la ciudad-estado tiene sus raíces en los tiempos neolíticos. El que en España «apenas haya habido neolítico»¹¹ no vale para objetar a la línea que estamos siguiendo, pues esta frase de Martín Almagro se refiere a que, en nuestro país, el Neolítico no aparece puro, sin metales, sino que la edad de los metales se anticipa; y un *Neolítico con metales* (el español) no significa que la edad «de los metales» sea distinta del Neolítico como tal, *que es una etapa económica, no arqueológica*. Dividir la Prehistoria en «Paleolítico, Neolítico y Metales»

11. *Manual de Prehistoria*, edit. Apolo, Barcelona, 1942.

es un grosero error de sistemática y debe revisarse, precisamente en los libros de divulgación, donde el error es mucho más grave que en las obras para iniciados.

La tercera etapa (aquella cuyas fuentes han sido objeto de nuestro ensayo de «inventario») es la de la conquista cartaginesa posterior a la primera Guerra Púnica. Es ya una etapa dramática, porque han desaparecido las circunstancias, por así decirlo casi «naturales» que habían presidido el establecimiento, paulatino, tranquilo, de las colonias griegas, de las colonias fenicias, de la destrucción de Tartessos sobre la que estamos tan poco documentados, y de la relativa estabilidad de la dominación fenicio-cartaginesa en Hispania. Ahora, en cambio, en esta nueva etapa, los cartagineses luchan por venganza, por resentimiento, por «odio eterno» contra Roma, que, siguiendo una táctica muy parecida a la de ciertos imperialismos modernos, considera que la diplomacia es una continuación de la guerra, y después de la primera púnica aprovechan los apuros de Cartago en la guerra civil de los mercenarios para adueñarse de Córcega y Cerdeña.

En esta etapa, se ve ya claramente a las polis hispánicas en lucha contra los cartagineses, y más tarde sometidas y fieles aliadas de Asdrúbal y de Aníbal, lo que les acarreará el odio de los romanos¹². No son ya «movimientos de pueblos», ni simples factorías coloniales lo que está en juego, sino el resentimiento nacional y el odio entre vencedores y vencidos.

Siempre he insistido en mis lecturas de divulgación en el asombroso parecido entre la segunda Guerra Púnica y la segunda Guerra Mundial: son guerras de revancha por parte de los antiguos vencidos; guerras que, si no se consiguen hacer «rápidas», se pierden por parte del agresor. Fabio Máximo «Cunctator» (el Indeciso) consiguió *alargar* la «Blitzkrieg» de Aníbal. Tiene tanta importancia en la victoria romana como Escipión.

En esta tercera etapa, que enlaza con una cuarta (la conquista ro-

12. Si los celtiberos hubiesen sido fieras belicosas, obstinadas en su odio al extranjero, habrían acogido a los romanos como liberadores en vez de enfrentárseles en Ilerda, en Cissa, en Bécula, porque los cartagineses les habían hecho la guerra *antes* que los romanos. La causa de la resistencia de las polis hispánicas se debía a que luchaban por su supervivencia frente a Roma, que usaba métodos de «tierra quemada». Más tarde dirá Tácito: «los romanos hacen un desierto y lo llaman paz».

Al mismo tiempo, nuestro «occidentalismo» tiende siempre a justificar a Roma y denigrar a Cartago, potencia «bárbara». Tengamos la lógica de insinuar que Asdrúbal y Aníbal, procedentes de un país más rico que Roma en el siglo -III, no tenían la sed de oro y plata de los insaciables procónsules, y ordeñaban la vaca sin chuparle la sangre.

mana de los tiempos *republicanos*), es cuando la polis hispánica, que apenas había tenido historia escrita (mientras no se traduzca la lengua ibérica), es ya una institución muy antigua. No tenemos derecho a prescindir de esta «historia», que «no existe» solamente por nuestra ignorancia de una lengua misteriosa, como tampoco «existía» la historia egipcia antes de Champollion. Desde los comienzos de la «Edad del Bronce hasta la época de Sertorio y de Cicerón media una distancia de más de dos milenios. No traemos a colación esta cronología para insinuar que se puede sustituir la Historia por una hipótesis, sino para situar una evolución lógica, de una institución mediterránea, que no obstante el enigma de su lengua NO ESTUVO EN NINGÚN MOMENTO AISLADA DEL RESTO DEL MEDITERRANEO, y que por lo tanto no es de extrañar que evolucionase, NO SIENDO YA LA MISMA EN TIEMPOS DE LOS ESCIPIONES QUE HABÍA SIDO DURANTE LAS INVASIONES CELTAS en el siglo –VIII o en el –XII.

EL SENADO DE LA POLIS HISPÁNICA Y EL HELENISMO

Teniendo en cuenta que Hispania no estuvo aislada de los griegos (por intermedio de los fenicios, de los cartagineses o de los focenses, y del comercio del interior de Europa, del que hoy los prehistoriadores hablan constantemente, aunque no tengamos de él un solo texto) ni tampoco estuvo aislada de África ni de Asia por las mismas razones, mucho antes de las guerras púnicas, y también, como acredita el arte llamado «ibérico», recibió todos los influjos del resto del mundo, en cuanto a formas plásticas, puede admitirse tal vez que llegasen hasta ella las transformaciones internas y el ritmo general de la evolución de *lo griego*¹³ transformándose en *lo helenístico*. En una pa-

13. Lo griego, es decir la cultura griega, que Spengler llama «apolínea», no tiene nada que ver ni con las polis griegas particularmente consideradas ni con ninguna clase de nacionalidad griega, que era inexistente. Es algo que se propaga por todo el Mediterráneo, que informa el arte cartaginés de un modo total y profundo, y también el arte etrusco, no dejando, ni a etruscos ni a cartagineses, la menor originalidad artística: las estatuas, las construcciones, los adornos, las monedas e incluso las memorias de Anibal se plasmaron, se escribieron en griego. La lengua griega es, a la vez, el «inglés» y el «francés» del Mediterráneo. Mitridates, cuando organiza sus matanzas totalitarias en Asia contra los comerciantes italianos, se presenta oficialmente como defensor de la cultura helénica frente a Roma. Después de la conquista romana, los romanos que no hablaban el griego eran tenidos por analfabetos en la misma Roma.

En este sentido, al entrar en decadencia el espíritu griego, es muy posible que un reflujo de decadencia invadiese también a la polis hispánica, *jamás aislada* (conviene no olvidarlo).

labra: que *la polis hispánica llegase a una etapa de disminución «helenística»*, como la que experimentaban al mismo tiempo los cartagineses (el senado cartaginés, abierto a la labor de zapa del espionaje romano) y las ciudades de la Galia del Sur, que no tardarían en convertirse en la *Provincia*. Un fenómeno paralelo ocurre con el helenismo en Sicilia, antes de las guerras púnicas; y análoga «helenización» (cuidado, no es «helenización», y perdón por el neologismo).

Sólo algún dato aislado, textual, puede apoyar esta suposición nuestra, que ofrecemos aquí, desnuda e indefensa, a los golpes de la crítica. Y el dato es el siguiente: cuando Retógenes logró escapar de Numancia circunvalada por Escipión Emiliano y pedir auxilios a los arevacos, pueden apreciarse dos fenómenos muy curiosos, que sólo pueden explicarse por este concepto: *decadencia*¹⁴. Sólo la ciudad de Lutia (que Schulten identifica con Cantalucía, cerca de Osma) hizo el gesto de intentar socorrer a los numantinos. Pero este gesto era de los jóvenes, no de los viejos (es decir, el Senado de Lutia se retrae de la ayuda militar contra el invasor romano). «Los ancianos avisaron a Escipión», el cual «exigió se le entregasen los cabecillas de la juventud. Como se le contestase que habían escapado, amenazó por medio de un pregón con saquear la ciudad si no se los entregaban. Aterrorizados los de Lutia, se presentaron hasta cuatrocientos jóvenes. Escipión les hizo cortar las manos».

Después de este dato aleccionador, no podemos menos de sonreírnos ante la objetividad alemana de Schulten, que, al hacer inventario de las virtudes y defectos de los celtíberos, nos dice que «Escipión aplica a los numantinos el dictado de bestias». Y el que habla así, según parece, no es un pedagogo suizo y vegetariano, sino precisamente el general feroz, el criminal de guerra que hace cortar las manos a cuatrocientos héroes de la resistencia! Esta cita está en su lugar en Appiano, que describe una guerra con todos sus horrores, pero es totalmente improcedente así, en frío, en un tratado sistemático como la *Hispania* del Dr. Schulten, como si se tratase de una correcta revisión de motivos morales, y Escipión fuese una «fuente» objetiva.

Queda todavía por fijar, definitivamente, un abuso de léxico, sobre el que se vuelve reiteradamente, respecto de la polis en general, que es el del «factor geográfico», y al que son particularmente aficionados

14. Esta decadencia se expresa en el episodio de Escipión, no solamente ante Lutia, sino en las demás ciudades de los arévacos, que según Appiano, «expulsaron de sus términos, sin oírlos» a los enviados de Retógenes, *Fontes*, vol. IV, p. 80 (398).

los historiadores franceses, a pesar de que fue un francés, Fustel de Coulanges, quien desmintió, en su *Ciudad Antigua*, este solecismo conceptual: que en Grecia la ciudad-estado estaba predeterminada por la geografía, con sus montañas que trazaban pequeños valles y regiones minúsculas y aisladas una de otra.

«Pero no había montañas —dice Fustel— entre Argos y Esparta, entre Tebas y Platea, entre Sibaris y Crotona.» Era necesario que hubiese algo más importante que una montaña para crear esas divisiones en la sociedad humana y en el mapa que hoy llamaríamos «geopolítico». Para Fustel, la causa del aislamiento de las polis estaba en las creencias religiosas. No le seguiremos en esta disquisición, que como todas las teorías tiene sus puntos opinables. Pero desde que se escribió la *Ciudad Antigua*, allá por los años sesenta del pasado siglo, son innumerables los historiadores, y a remolque de éstos los autores de manuales y manualitos, que continúan «enseñando» que «la fragmentación física tiene por consecuencia la fragmentación política¹⁵, y cada una de esas pequeñas celdas excavadas en el suelo está preparada para recibir un pequeño grupo humano y asegurarle una completa independencia. Tantas islas o valles cerrados corresponden a otras tantas ciudades, es decir, a otros tantos estados...».

ALGUNAS CITAS

Damos a continuación un esbozo o muestra de la tarea que podría comenzar a hacerse de un modo sistemático (como la comenzamos en el curso de 1975-76 a título de tarea de clase, en mi asignatura de Fuentes de la España Antigua). Hemos seleccionado, del inmenso mar de las fuentes narrativas, a los autores que trataron de las primeras luchas romanas de conquista: Livio, Polibio, Salustio, Appiano, Floro,

15. Usamos el texto de GLOTZ y COHEN, *Grèce. Des Origines aux Guerres Médiques*, en *Histoire Generale*, Paris, 1948, p. 9.

En general, hablando del origen de la polis se incurre en graves contradicciones. Si viene «determinada por la geografía», tiene que existir forzosamente desde tiempos antiquísimos, y no «nacer» exactamente después de la invasión dórica, al comenzar la «Edad» del hierro en el Mediterráneo. Y esto es precisamente lo que sucede (con «factor geográfico» o sin él): en Creta hay ciudades independientes antes de que Cnosos las sometiera en la época del Bronce: Faistos, Hagia Triada, Palaikastro, Vasiliki, Gurnia...

Aquella simplificación (de origen francés y retórico, más que no histórico) según la cual la polis «nace» después de la invasión dórica se ha transmitido también a algunos libros de divulgación alemanes como el de Siegfried LAUFFER, *Abriss der Antiken Geschichte*, para quien «la invasión griega aparta a un lado la Miceneidad (*verdrängt das Mykenertum*) y conduce a nuevas formas estatales (*neue Staatsbildungen*)».

Orosio, etc., dejando por el momento las más tardías, no por la fecha del historiador, sino por la época que trataron, y en que ya estaba consolidada la conquista, no ofreciendo entonces ya las ciudades hispánicas su prístina autenticidad de independencia.

En aquella tarea del curso de 1975-76 debemos agradecer, desde estas líneas, la colaboración que nos prestaron los alumnos del tercer ciclo, D. Ignacio Boada y D. Jesús Figueras.

El ensayo de «inventario» que hemos hecho sobre ciertos momentos de la polis hispánica podría ser ampliado y continuado, entre otras facetas, por la cita sistemática de las fuentes que dan cuenta del botín romano capturado en España y que cada procónsul, cónsul o pretor llevaba al Senado, quedando marginadas o nulas las demás tareas «civilizadoras» de que tanto se habla en los manuales y que no comienzan en Hispania hasta una fecha muy tardía, cuando Roma ha aprendido ya a colonizar un poco, después de tres siglos de haberse limitado a explotar nuestro territorio, al que consideraba «vacuo», a diferencia del territorio griego, con el que se seguía una táctica muy diferente.

No olviden nuestros escritores y periodistas en general que para los romanos antiguos *sólo Grecia era EUROPA*. Roma (para ellos mismos) lo era, a condición de ser buen discípulo. Y el resto del mundo se componía de «bárbaros». Si este punto de vista debe seguir todavía hoy considerándose *actual*, júzguenlo todos y cada uno de los europeos.

También se ha deformado la historia de la ciudad-estado después de la batalla de Queronea, en que para algunos profesores, como Robert Cohen, Halphen, Glotz, la polis entra en decadencia. Esto es enormemente discutible, pero no es ya de nuestro tema presente. Esperamos, sin embargo, que el tema de la polis hispánica nos ofrecerá suficiente documentación, en ulteriores estudios, para apuntar a una verdadera síntesis. La síntesis es posible ya con la documentación actual inclusive. Hay material. Sólo falta interpretarlo. Todos los nombres de ciudades mencionados aquí llevan, en el texto griego o latino, el calificativo de «polis», «civitas», «oppidum», según el idioma empleado por el autor respectivo. A continuación citamos la página del volumen III de *Fontes*, donde figura el texto griego o latino original, y a continuación, entre paréntesis, la página del mismo volumen donde está la traducción castellana.

* * *

P. 10 (235): Amílcar sitia la ciudad de Helicen (es Ilici=Elche).

Mismo texto: Amílcar invernará en Acra Leuke, fundada por él (Alicante, «Campo blanco» = Castrum Album).

P. 15 (237): Diodoro Siculo dice que Asdrúbal recibió la sumisión de doce ciudades (*poleis*); — p. 23 (241) «Althea, ciudad muy fuerte», que Anibal toma con gran esfuerzo; — p. 23 (241) id., Arbucala (Polibio insiste en lo difícil de la expugnación); — hay que consignar, indirectamente, a Turbolium, capital de los turboletas, enemigos de Sagunto (244), p. 27; — p. 50 (257), Plinio menciona la ciudad de Subur (Ilergetes) y Ptolomeo, Setelsis (Solsona), Iessos (Guisona) y Bakassis (Bagá). Hemos prescindido aquí, de una vez por todas, de las referencias a los *Monumenta Linguae Ibericae* de Hubner, donde se hallan infinidad de otros nombres de ciudades y que son nominativas, es decir, no se trata ya de la vaga designación de Apiano o de Floro cuando hablan de «trescientas» o de «ciento cincuenta» ciudades en Celtiberia; — p. 55 (259) Polibio y Tito Livio mencionan la misteriosa Cissa, que a pesar de dar nombre a los cessetanos, no es Tarraco: «... *postquam perditas res, ad Cissim amissaque castra accepit, iter ad mare convertit. Haud procul Tarracone...*», etc., etc. La ciudad amiga de los cartagineses fue arrasada.

Hacemos aquí un breve inciso para resaltar las frecuentes luchas de unas ciudades con otras, para lo cual se aliaban a los cartagineses, que sólo habían venido a reclutar mercenarios: Turbolium contra Sagunto; Cissa contra Tarraco. Eran guerras interestatales, como en Grecia las de Atenas contra Tebas o de Esparta contra Argos. Antes de Lúculo y Galba es anacrónico pensar en guerras «de independencia» frente a extranjeros cuya presencia no era temida, sino solicitada para sus rencillas de ciudad a ciudad. Y proseguimos nuestro esquema de «inventario»; p. 58 (261), Atanagro, capital ilergete (no hallada aún); p. 65 (265) Onussa (parece ser Peñíscola) y Longuntica (desconocida); p. 27 (266) ciudad llamada en latín Nova Classis o Ad Novas, de emplazamiento desconocido; p. 76 (271) Ascuá, la Oskua de los túrdulos según Plinio y Ptolomeo, depósito de intendencia cartaginesa; — p. 77 (273), Hibera, nombre antiguo de lo que fue después Julia Ilercavonia Dertosa (Tortosa); — p. 80 (274), dos ciudades: Iliturgis e Intibilis, de emplazamiento desconocido, que Schulten sitúa en la región de Benicarló y al N. del Ebro respectivamente; — p. 82 (276), Bigerra, aliada romana contra Asdrúbal. Se identifica con Becerra al N. de Guádix; — p. 82 (277), Auringis (Jaén); — p. 90 (279), Amtorgis, en la región murciana; — p. 95 (283) Mentisa o Mentesa, en el Sur de España. Se trata de localizarla en el Sur del Ebro. El cónsul Nerón, tres años antes de ganar en Italia la batalla de Metauro, rechazó a Asdrúbal en este encuentro; — p. 119 (297), Badia o Batheia,

ciudad que aparece en el episodio del asalto a Cartagena, por Escipión III; — p. 121 (298), Baecula=Bailén; — p. 131-2 (305-6), Ilipa=Alcalá del Río; Ibid. Castulo=Cazlona; son conocidos estos tres últimos nombres por la lucha de Escipión III después de tomar Cartagonova y antes de regresar al teatro de operaciones contra el propio Anibal; — p. 135 (309) Silpia, ciudad desconocida; — p. 140 (315), Carmo=Carmona; — p. 144 (317) dato sospechoso de Orosio, uno de los autores que *deben* figurar en *Fontes* por la sencilla razón de que es un repertorio exhaustivo, pero que representa la historia «de gabinete», más valiosa para sus tiempos que para aquellos ya muy lejanos, para él, de la conquista romana. Dice Orosio que Escipión sometió ochenta ciudades (*praeterea, LXXX civitates aut deditone aut bello...*).

Estas exageraciones que se encuentran a veces en autores como Orosio, Floro y el mismo Livio han llevado a los modernos a la exageración contraria, y entonces se abunda en el criterio de la «cábila» frente al de la *polis*. Como quiera que el corpus de *Fontes* es todavía una obra incompleta y hay aún bastante por publicar y reeditar, nosotros recomendamos, desde estas modestas cuartillas, que se dedicase un volumen a valorar los distintos historiadores utilizados en el *Corpus*, para que se apreciase debidamente su desigualdad, el carácter de *testimonio*, de *testigo*, o de *historiador erudito* que caracteriza a tan variados autores, que ahora aparecen transcritos todos juntos como si tuviesen una autoridad indiscriminada; — p. 144 (317) Ilurgea=Ilorci=Lorca (la primera grafía es de Esteban de Bizancio); — p. 146 (319) Castaca (Appiano), es Castulo; — p. 148 (320) Ide (Livio), ciudad desconocida; — p. 149 (321), Astapa; — p. 175 (341), Bardo. Según Schulten, ciudad de los Túrdulos; — p. 84 (347) Liv.: Segestica, ciudad de Cataluña, desconocida; — Un interés especial lo presenta la estratagema de Catón usada para rendir la plaza de los lacetanos, enemigos de los suessetanos. Lanzó a éstos frente a la ciudad lacetana, y los lacetanos salieron de su ciudad para atacarles dejando vacía la plaza propia, que los romanos ocuparon. Ni siquiera ante la proximidad de un ejército romano, contra el que se habían amurallado, olvidaban la hostilidad contra el vecino.

Catón es un testimonio precioso para conocer la verdadera estructura de la polis hispánica: continuamente está desmantelando ciudades; — p. 191 (350) nueva exageración de Plutarco, que habla de cuatrocientas ciudades tomadas por Catón («Tetrakosiai to plethos éesan»); — p. 196 (355) Ilucia equivale a Ilugo, citado en el Corpus

Inscriptionum Latinarum, al NE. de Castulo; — En la misma página menciona a Toletum, Toledo, que ya entonces tenía su acrópolis sobre el mugrón que más tarde ocuparán los edificios medievales, por lo que los antiguos la llaman «parva urbs», «ciudad pequeña»; — p. 197 (355), Licabrum = Igabrum del C.I.L. = Cabra, de Andalucía, donde los romanos capturaron al rey turdetano Corribilo; — en la misma página tenemos las ciudades de Vescalia y Helo, tomadas por Flaminio en el año 192 a. de J.C. «oppida», acompañadas de plazas fuertes («castella»). Se conoce que eran *polis* bien fortificadas, con plazas anexas; auténticos Estados en pequeño; — p. 197 (356) Nolibia y Casibi (desconocidas); — p. 204 (359) Asta = Mesa de Asta, al N. de Jerez, la ciudad donde algunos arqueólogos modernos intentaban localizar a Tartesos; — p. 210 (365) Urbicua = Urbiaca, del nombre usado en los *Itinerarios* romanos; — p. 211 (366) Eburia o Aebura, tal vez Libora, al Oeste de Toledo; — misma página: Contrebia, cerca de Daroca; — p. 213 (267) Complega (según Appiano). Para Schulten «equivale a Contrebia de los lusones, en Luzaga o Luzón»; — p. 213 (367) Diodoro Sículo, que manejaba fuentes interesantísimas por lo que constituye uno de los transmisores más desconcertantes, por lo desigual, nos habla aquí, sin nombrarla, de «la polis de los cemeletenses», que había sido fundada probablemente por guerrilleros. En todo caso, su origen es heroico y tan interesante como el de la propia Roma, pues a no seguir más que el texto de Diodoro, nos informa que fue fundada por *fugitivos y bandoleros* («*ypo leiston kai dra-petoon oikismene*»). Incluso si seguimos la «leyenda negra» de las polis hispánicas, aquí encontraremos mencionadas a gentes que no debieron de ser muy distintas de los bandoleros que acompañaban a Rómulo. Sin embargo, esos «bandoleros» debían de ser más bien «fugitivos», porque cuando tuvieron un punto de respiro, los *guerrilleros* cemeletenses amenazan a los romanos con la guerra; actitud muy extraña si se tratase de vencidos. Téngase también en cuenta lo fácil que es, para los historiadores romanos tardíos, inspirados en la tradición imperialista de Livio, tratar con desprecio a los que resistían e iban siendo poco a poco vencidos. Es el lenguaje despectivo también que encontramos en los «*Moniteurs*» de Napoleón cuando habla de los guerrilleros españoles.

Son raros los datos numéricos de ciudades. Lo más sospechoso es el número «redondo» que encontramos en autores como Orosio y el compendiador Floro. En la pág. 217 (370) Orosio dice que Sempronio Graco rindió 105 «oppida» (Schulten traduce «plazas», cosa

muy prudente, pues podía tratarse de numerosos fortines entre las ciudades rendidas) y en la Citerior tomó doscientas «oppida» más. Son exageraciones y sobre todo, como hemos dicho, «números redondos» que carecen de toda garantía; — en p. 218 (371) Livio nombra una ciudad llamada Munda, que según Schulten es Munébrega, junto a Calatayud; misma página, Certima, ciudad desconocida y muy importante («*praevalidam urbem*»); — p. 219 (372), Livio nombra a Ergavica «*nobilis et potens civitas*» y en *ibid.*, a Alce (carpetanos); — p. 220 (372) Appiano nombra a Caravis, ciudad del Ebro y en p. 221 (373) Diodoro, a la *polis* Contubris, variante de Contrebia; — p. 222 (374) aparece el nombre de Segeda, «ciudad grande y potente» (Appiano), y que tanto juego había de dar al provocar la guerra numantina.

Estrabón nos transmite un dato de crítica sobre los fabulosos datos de Polibio diciendo que Tiberio Graco había destruido *trescientas* ciudades celtiberas. Añade que, según Posidonio, Polibio llamaba ciudades a simples fortines [*Fontes*, III, p. 163 (223)]. El problema planteado aquí es grave, porque Polibio, a pesar de la exageración que Estrabón le atribuye, tiene más autoridad que Estrabón y Posidonio, pues es un testigo presencial de la guerra numantina y conocía el ambiente directamente. Lo dejamos en puntos suspensivos, pues por otra parte, si el texto griego no está alterado, trescientas ciudades en Celtiberia son muchas ciudades. Claro está que queda siempre, por razones arqueológicas, la incógnita de los nombres, numerosísimos, entre sinónimos, cecas y fuentes fragmentarias (inscripciones) interminables.

Posidonio estuvo en España: Galicia, Málaga, Cádiz; dejó una obra magna erudita, en cincuenta libros. Pero ¿puede competir con Polibio, observador militar, el erudito que escribe cuarenta años después de los hechos?

ALGO SOBRE LOS DATOS DEL VOLUMEN IV DE FONTES

Appiano y Diodoro dan datos sobre el drama de Segeda, p. 6 (256) y 8 (257). En Diodoro se nombra a un senador de la polis hispánica, que defiende la restauración de los muros de Segeda, probándonos que el Senado de Segeda entendía en la política exterior, como el de Roma, el de Esparta y el Areópago ateniense. En p. 24 y ss. (265 y ss.) se nombra a Cauca (Coca), ciudad víctima de Lúculo, y a Palantia (Palencia). — El texto de Orosio, «Escipión (*Emiliano*) infligió gran-

des descalabros a aquellas *tribus*» (*magnas strages gentium dedit*) está mal traducido. Aquí, «gentes» significa «pueblos», y también, como en castellano, «gentes»: «hizo gran matanza entre aquella gente». Nada que especifique «tribus» (alguno podría traducir hoy, si le viene en gana, «cábilas», porque la voluntad es libre) y además si tenemos en cuenta que Orosio describe hechos lejanos, a finales del Imperio, y entre las fuentes es de los que guardan menos propiedad de léxico.

En la p. 33 (270) Floro dice que Numancia «aunque inferior en potencia a Cartago, Capua y Corinto» resistió... etc., etc. La comparación es significativa. Se trata siempre de polis, no de cosas desiguales en esencia, en cuyo caso el parangón no tendría sentido. — En p. 33 (260) se nombra a Centóbriga (emplazamiento desconocido). — Pág. 40 (273) se nombra el poblado («polichnion») de Malia (en la región de Almazán). Es una de las poquísimas veces que un poblado auténtico aparece, y se diferencia del nombre de «polis» de «civitas» y de «oppidum». Lo nombramos aquí para que se vea el contraste entre los textos directos y los nombres que alegremente dan los modernos a lo que les parece. El texto es de Appiano. — En pág. 41 (275), la ciudad de Lagni, con monedas propias, o sea, ciudad soberana. — En la pág. 80 (texto griego de Appiano), se nombra a la ciudad mártir, Lutia, donde Escipión Emiliano cometió la crueldad a que ya nos hemos referido más arriba. — En la p. 97, texto griego de Appiano, se cita a Conistorgis, en el Algarve. — Mismo texto, Ocilis (hoy Arcila, en Marruecos). Una polis no propiamente «hispanica», pero que, si se hace un inventario minucioso basándose en repertorios detallados, sobre el Norte de África a base del tomo VIII de C.I.L.; de Gsell (*Histoire de l'Afrique du Nord*) o cualquier otra obra de envergadura, se pondrá de relieve la realidad de la polis africana, como puede ponerse la de la hispanica.

Y aquí, por razones de espacio, dejamos en puntos suspensivos este esquema inacabado, desigual y con todos sus restantes defectos por los que pedimos perdón al lector. Sólo nos hemos propuesto con él abrir un itinerario, no «descubrir» nada, sino mostrar cómo, a base de repertorios ya publicados, los estudiantes pueden iniciarse en nuevas perspectivas de futura investigación.

RAFAEL BALLESTER ESCALAS

